

El Aliento del Cedro[®]

Cuento escrito por PATRICIO NAZER



• NIVEL UNO: NUEVA •

EN UN ACTO REFLEJO José Morales

suspendió el profundo sueño en que estaba sumido. Había despertado por el efecto del alba, ya bien luminosa y magnífica, o quizá porque se oía un rumor extraño. Sentándose en la hamaca, espantando los mosquitos con ambas manos, atisbó cuidadosamente a su alrededor: no vio sino el regio desperezo de aquella vida que por la noche se aletargaba en la selva amazónica. Desde el avión se había fijado que las coronas de los árboles formaban un dosel continuo, sobre el cual sobresalían en forma ocasional las copas de los más gigantes. Ahora, internado en el verdor lujuriente, palpaba que el piso inicial, conformado por especies arbóreas más reducidas y muchedumbres de lianas, producía un ecosistema de mucha complejidad interna. No obstante que la selva tropical sudamericana, con una extensión de millones de kilómetros cuadrados, contiene más especies de flora que cualquier otro tipo de hábitat del planeta, la competencia por la luminosidad se daba en forma tan intensa que era ostensible el esfuerzo de las plantas para conseguir acercarse al sol, trepando o creciendo como epifitas en ramas y troncos. José Morales también advertía que la selva por lo general actuaba como una maraña impenetrable de vegetación, aunque existían grandes extensiones en que el suelo era tan oscuro que en comparación

con otro tipo de región natural crecían pocos vegetales, incluso en los claros de luz creados por el desplome de algún árbol y por el deslizamiento de terreno. Precisamente él se hallaba acampando en el contorno de un espacio soleado, cuyo suelo negro y abundante en materias orgánicas en ningún caso eran indicadores de fertilidad.

Bostezando y tan sólo por la curiosidad de saber si era posible, el hombre moreno de fornidos brazos e incipiente barba trató de sintonizar alguna emisora chilena en el receptor portátil: luego de buscar pacientemente en el dial de onda corta, logra captar una señal con bastante interferencia que transmitía los acordes finales de una tonada folclórica, para en seguida dar paso a una voz femenina que con algo de eco hablaba de volantines y democracia para el desarrollo humano; contaba que el pueblo ya celebraba las fiestas patrias con empanadas caldudas, anticuchos y harta chicha de maíz. La bulla de la recepción radial, notas musicales para sus oídos, provocó el despertar de los demás cazadores, un colombiano, un ecuatoriano y otro de nacionalidad uruguaya, a todos los cuales el azar había congregado, pocos años antes, en una industria conservera de la costa peruana.

Cuando se disponían a bajar de un salto a tierra luego de haberse vestido sobre los lechos colgantes, advirtieron, esta vez no sólo José Morales, ruidos al nivel del piso como de fronda bruscamente apartada. Mas, como no persistiera, al cabo descendieron distraídamente, se refrescaron el rostro con agua de cantimplora y lentamente prepararon algo para desayunar. Sería media mañana cuando ya resueltos, animados a abrir una brecha para internarse aún más en la boscosidad y dar inicio a una cacería de saínos, la insistente proximidad de sonidos inarticulados y confusos en la espesura les hizo titubear. Concientes que esa zona constituía una verdadera reserva natural de animales feroces como el jaguar y el anushi-puma, elevaron a más de tres metros de altura sus posiciones aéreas, desarmaron la pequeña carpa y, coincidiendo tácitamente en la idea de poner a resguardo los víveres, también los depositaron sobre las hamacas. No dejaron nada sin subir. En seguida, recostados con el arma apoyada

sobre la malla abierta de las camas colgantes, un tanto incómodos por la elevada y uniforme temperatura, no tuvieron que aguardar demasiado.

• NIVEL DOS: CRECIENTE •

DE PRONTO IRRUMPIERON, grises y ágiles, diseminados por sobre la tierra blanda del claro de luz, los aguardados saínos. Dispararon de inmediato certeras descargas: varios animales cayeron en el acto, lanzando graciosos ronquidos; otros más continuaban emergiendo del bosque, sobre los cuales tiraban de nuevo, vaciando todos los casquillos del cargador. Sólo interrumpían para volver a cargar, procediendo exultantes, sintiéndose a salvo en los lechos amarrados a un inmenso cedro de copa grande y abierta, que con criterio logístico habían convertido en eje y sostén del campamento desarrollado en el aire: a partir de ese tronco de metro y medio de diámetro, como en abanico desplegado, las camas de fibras de pita estaban sujetas individualmente a cuatro árboles, postura que permitía a los cazadores mantener contacto directo entre ellos. La elección del cedro por parte de José Morales no era casual: admiraba esa conífera aromática descendiente de grandes árboles originarios de Asia, que por la durabilidad de su madera había sido utilizada en las tumbas de los primeros reyes de Egipto, por Salomón para construir su primer templo y en tiempos más recientes, hasta por la cultura Inca en el armazón de sus techos y el adorno de su ajuar.

Había que aprovechar la ocasión. Con la mirada calculaban el lapso que tardarían en dispersarse, pese al innegable deseo de prolongar cuanto más esa coyuntura tan favorable. Para fortuna los animales continuaban surgiendo de la espesura en oleadas incontables, y en vez de proseguir su ruta instintiva o de huir de los disparos, parecían desorientados y se volcaban a la zona más expedita para los tiros. Cada ciertos minutos debían parar la balacera porque

el frecuente gatillar calentaba el acero montado en las culatas de madera de los *máuser* y *rémington*; mientras éstos se enfriaban, los hombres aprovechaban para fumarse un cigarrillo, disfrutando que los ruidos constantes hayan correspondido a la presencia de este animal muy similar al jabalí europeo, que viven desde el norte y centro del continente americano hasta Argentina y se alimentan de insectos, raíces, frutas y reptiles. Los miraban fijamente: las cerdas negruzcas, tupidas y aparentemente ásperas, les formaba una melena erizada en el dorso y una densa orla sobre la garganta y la región posterior; la cola no se les notaba, las orejas eran pequeñas, la jeta alargada y movable, con un peso promedio de treinta kilos y más menos un metro de largo. Por el mal olor que se comenzaba percibir, debían poseer alguna glándula que segregaba una sustancia penetrante y desagradable.

Luego de cada pausa volvían a resonar los tiros, aunque no siempre bien apuntados, hasta que en un instante, con alarma notaron una escasez de municiones. No obstante que habían contemplado un alto consumo de pólvora, el entusiasmo les colocaba en una delicada situación. Las bestias debían ser varios cientos, ya que en ningún caso disminuían, y por el contrario, cada vez en grupo más numerosos se estrechaban debajo de las redes colgantes y propinaban mordiscos rabiosos contra la corteza del cedro que las sostenía por uno de sus extremos, registrando la marca de sus afilados colmillos. José Morales recordó con tormento que esa conífera perteneciente a la familia de las Cupresáceas, que tanto estimaba por estar concebida con excelentes características ornamentales, poseía una madera blanda y leñosa, y quizá hasta comestible para los saínos.

Los disparos ahora eran bien dirigidos, milimétricamente certeros, pero no lograban ahuyentar a las agresivas bestias, más bien parecía aumentar su ferocidad: con aprensión les veían acercarse incesantemente contra el árbol y desnudar su madera marrón claro, pues no era difícil imaginar lo que podría suceder con uno de ellos al alcance de la piara. José Morales se percató que irónicamente de cazadores se habían convertido en una suerte de presas

acorralladas. Comenzaban a ser invadidos por una sensación de inquietud profunda. Ya casi no gatillaban por el imperativo de no malgastar balas. Su inexperiencia como cazadores internados en la selva amazónica se hacía cada vez más patente.

• NIVEL TRES: LLENA •

SE VIVÍAN LAS postrimerías del invierno cuando aquella tarde declinó con las nubes heridas por los rayos del sol, enrojeciendo hasta los rincones menos visibles. Entonces se vino encima una noche de oscuridad densa en cuya sombra se acrecentaba el centelleo de los astros celestes.

Los cuatro amigos decidieron comer parapetados en las hamacas, oyendo el graznar de los tucanes que se posaban en las inmediaciones. Alababan la precaución de haber subido a tiempo los pertrechos, en especial la lámpara que ahora tenían encendida. Estirándose sobre las redes suspendidas en el aire, se pasaban lo que a cada cual faltaba, como queriendo disimular lo que acontecía debajo de ellos.

Tras alimentarse dificultados por los insectos y la hediondez, fumaron tratando de sosegar la creciente ansiedad. Ahora el roncar colérico de los saínos sofocaba hasta los aullidos de los monos. Seguramente las bestias iban de paso; su número era sorprendente, pero acabarían por desaparecer del entorno. Igual que repulsivos seres alienígenos se revolvían en el suelo, azuzados por la parálisis momentánea que experimentaban las armas. Con pavor apuntaban de tanto en tanto y abatían dos o tres animales, ahuyentando al atiborrado grupo, el que casi de inmediato volvía a obsesionarse ferozmente en contra del cedro utilizado de sostén, estremeciéndolo al punto de soltar oleadas de follaje y desprender semillas de sus brácteas agrupadas en forma de piña, cayendo al suelo como en *challa* de carnaval.

Aplicando el más sesudo raciocinio para hallarle una

explicación a esa circunstancia excesivamente peculiar, constataban siempre lo mismo: que no había ninguna respuesta lógica ni natural, más bien la situación desafiaba a la inteligencia, era una pesadilla dantesca, de la cual tenían que salir a como diera lugar. Todo se les representaba como algo tan absurdo que no hallaron algo mejor que ponerse de pie en sus hamacas, para a un tiempo orinar profusamente sobre los cerdos salvajes, provocando un paréntesis de risotadas y ayudando a distender por algún momento los ánimos.

La cálida noche avanzaba y José Morales era asaltado por una incertidumbre: ¡cuándo iban a terminar de desfilan esos malditos! Ya habían cadáveres pisoteados como para inscribir su nombre y el de sus amigos en el libro de récords famosos: la nueva marca sería insuperable. Era necesario asumir la proeza y comportarse como virtuales celebridades, prestigio que tarde o temprano sería reconocido en el ámbito de la caza mundial e incluso llegaría hasta la mismísima Illapel, su ciudad natal situada en el sector más angosto de Chile y en donde conociera a Leyla Nicolaza, su mujer y a quien ahora recordaba abrumado de nostalgia. Ella también había nacido en esa Illapel enclavada en un estrecho valle flanqueado de cerros de colores y cuya distinción era su condescendiente clima estepárico y las estrechas calles de macizos muros de adobe. Infundía esa zona una extraña sensación de quietud y reposo, razón por la que sus gentes fuesen instintivamente religiosas, afables, respetuosas de lo convencional y de placeres sencillos, se conocieran por el nombre y las vidas ajenas careciesen de secretos.

Precisaban dormir, puesto que no ideaban otra cosa ante la emergencia: en la oscuridad nocturna, así hubieran poseído un sobrante de balas, resultaba estéril afanarse. Pasaba por la mente de los hombres incendiar el bosque como un gesto extremo destinado a ahuyentar a la piara; pero, aparte que les era imposible abandonar el lugar en que estaban suspendidos, no existían ramas secas en la lozana espesura. Por otra parte, estaba el cansancio acumulado: habían partido hacía ya varias jornadas desde el puerto de Paita, ubicado en el departamento costero de Piura, haciendo a continuación un viaje

aéreo hasta Iquitos, el puerto fluvial más importante de la amazonía peruana, para posteriormente cabalgar gozosos por el llano que les permitía sorber con regocijo el aire espeso de las tierras tropicales. Tuvieron que cruzar un sinnúmero de pasos dificultosos, y proseguir en dirección de la selva disputando la huella a los follajes lujuriantes que bordeaban el gran río Amazonas; cuando la vegetación se enmarañó hasta formar muros impenetrables de verdor, navegaron en una enorme canoa junto a dos guías indígenas, entre gigantescas gramíneas y otras exóticas plantas acuáticas, lo que les permitió alcanzar la zona recóndita en donde se hallaban, de mucha humedad y exuberante en aves bulliciosas.

Talvez fue por todo aquello que finalmente se quedaron dormidos.

• NIVEL CUATRO: MENGUANTE •

EL HEDOR TERMINÓ por despertarlos cuando la oscuridad aún era profunda, al tiempo que el rumor constante, ya bien instalado en sus oídos, les notificó que todavía estaban allí los esperpentos: serían los últimos que iban en retirada, al menos era lo que deseaban con ardor. Previo al viaje les habían informado que se trasladan en compactas piaras, ocupando todo un sector, devorando la hierba y movilizándose todos a la vez, ordenados como un ejército, en busca de pastos tiernos.

La certeza de que allí estaban en gran número y ciertamente muy activos, atormentaba a los hombres, que además debían enfrentar ociosos el pasar de las horas, lapso que se les antojaba cada vez más tenso y prolongado. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué no continuaban su instintivo sendero si ya nadie se lo impedía? Para colmo la lámpara no volvió a encender, e imperceptiblemente, alumbrados sólo con los reflejos de la luna que ganaban a la espesura, los cazadores fueron cayendo en un estado de duermevela.

Llegó por fin la aurora, espléndida en septiembre, todavía envuelta por dentro en las sombras. Con ansiedad aguardaron que la luz penetrara por entre el follaje para revisar la consecuencia del enfrentamiento de la víspera: lo que se develó al cabo, por algunos segundos les cortó el aire: los saínos casi remataban la obra a la que habían destinado la noche entera. Impelidos por un asombroso instinto, con las jetas cavaban la tierra que afirmaba los treinta y tantos metros del cedro; cortaban las raíces y proseguían mordiendo el tronco como concertados individuos. Era cosa de minutos para que cayera, arrastrándoles al espanto.

Desde aquel instante ya no importó más la fetidez ambiental que se impregnaba en la ropa humedecida. De puro miedo mataron más bestias, pero el resto ellas, renovando su actividad, parecían dotadas de inteligencia: no cesaban en su acometida contra el cedro, no obstante que sobre sus cuerpos se concentraba el fuego de las municiones, como si hubieran decidido inmolarse persiguiendo un propósito insoslayable.

• NIVEL CINCO: ECLIPSE •

CUANDO FINALMENTE ya no hubo más balas recién cayeron en la cuenta que desde el día anterior no se percibía la presencia de pájaros ni mosquitos, y que sólo se escuchaban las reyertas de los micos y el roer de jetas bajo la tierra oscura y fangosa. Desesperado por la precariedad de la circunstancia, en un intento por ahogar ese rumor monótono y siniestro, José Morales dio contacto al receptor portátil de onda corta; inmediatamente, con algo de distorsión armónica y mucho eco, se escucharon unos sonos marciales. Creyendo que estaba captando una señal extraña a la que instintivamente deseaba escuchar, verificó la sintonía: no, no había error, las marchas militares provenían desde su país. ¿Por qué las canciones folclóricas

habían sido suplidas por acentuados pulsos rítmicos de paso ligero? ¿Qué estaba sucediendo en Chile? Por fin logró recordar: ¡estaban transmitiendo el ambiente previo a la parada militar, que como era tradicional esa tarde realizarían las fuerzas armadas y de orden en la elipse del Parque O'Higgins de Santiago; claro: era 19 de septiembre, sin duda había perdido la noción del tiempo!

Cuando ajustaba el volumen a su máxima potencia, como deseando saturar toda la selva de sonidos marciales, un crujido le hizo mirar, como sonámbulo, la obra infernal: los fieros saínos se estrechaban contra el cedro, empujándolo, ansiosos por derribarlo cuanto antes. Él y sus compañeros no tenían escapatoria: los monstruos invadían los espacios, tapizaban de color pardo todos los rincones. Imaginó que guiados por súbito vislumbre se aprestaban a vengar en ellos la innoble actitud del hombre, devastador impune de las especies inferiores desde tiempos en ciernes. Se percató que comenzaba a llover torrencialmente y que la miríada de saínos elevaba contra él su voz sentenciadora. Tomó conciencia de la proeza patética que los cuatro acababan de perpetrar; mas, ¿no era ocioso y tardío aquel razonamiento si al igual que sus amigos, sin apelación alguna, iba a morir devorado por aquella marejada uniforme?

De pronto, un estrépito desgarrador y los gritos a voz en cuello de sus compañeros ostensiblemente perturbados, le anunciaron el inminente desplome del cedro que con aliento vigoroso por más de un siglo había permanecido erguido, y que ahora parecía resistirse a las contorsiones de un dolor que le hacía desprender sus ramas cargadas de hojas verde luminoso. En esos instantes, definitivos y postreros, le embargó un vacío al enfrentar de sopetón el paradigma de su existencia: el no haberse atrevido a tener hijos, pese a las oportunidades que tuvo a lo largo de su vida, esa vida que le había sonreído y dado tanto. Al mismo tiempo notó que se había interrumpido la emisión radial de marchas militares y se escuchaba el metal de una voz que se abría paso a través de la débil señal cargada de interferencia: *“...porque ya a mediados del siglo XX, con madurez estética, el recordado Antonio de Undurraga afirmaba que el chileno*

se ha visto, frente a su océano y a sus montañas gigantescas, en la postura de un pequeño dios terrestre dispuesto a llevar sus labios a la zona aquella en que mueren las hipótesis y los dogmas, al límite preciso en que estos labios son encendidos por el canto o apagados por la nada y el vacío. Así el chileno no podía ser sino poeta...”.

José Morales quiso seguir oyendo, empaparse de chilenidad. Alargar la vida, un instante y otro más. Eternamente imaginar por entre sus dedos la cabellera ensortijada de Leyla Nicolaza.

Pero ya nada era posible, a partir de ese tris caótico. Todo sucumbía a la desmesura: el imponente y añoso cedro, como ante una mortal epidemia, había terminado por ceder, primero inclinando su inmensa anatomía con lentitud morosa para luego precipitar su peso en un estruendo telúrico que pareció abarcar toda la selva.

• AJUSTAR EVENTO DE SERVICIO •

- [Ir Arriba](#)
- [Iniciar Juego](#)
- [Visor de Sucesos](#)
- [Volver al Menú de Juegos](#)
- [Opciones Extremas](#)
- [Ir al Panel de Control](#)
- [Contáctenos](#)
- [Política de Privacidad](#)
- [Cerrar Ventana de Lectura](#)
- [Juegos en Línea](#)
- [Modificar Juego](#)
- [Solucionar Problemas](#)
- [Solicitar Asistente Paramédico](#)
- [Acceso a Controladores](#)
- [¿Quiénes Somos?](#)
- [Tarifas en Euroameris](#)

PARA CERRAR LA VENTANA en el visor digital de neoplasma transparente, la anciana, de pie y ataviada con amplios ropajes, hizo *clic* con el nanodispositivo sensorial que llevaba

instalado desde su nacimiento bajo la piel del dedo índice derecho: realizar ese acto sólo requería apuntar a la opción escogida en el visor, sin necesidad de tener contacto material, y luego apretar levemente el dedo, como gatillando. Automáticamente se amplificó una voz cibernética al interior del cubículo espacial RVD 013-2104: “*Usted ha finalizado la lectura introductoria al juego integrado **El Aliento del Cedro**[®]”*”

No obstante haberle interesado sobremanera la temática y especificaciones del juego, procedió a efectuar algunas modificaciones en el menú del panel de control: hizo *clic* para activar la opción *una cazadora acompañante con intérpretes*. Luego programó los niveles de *dificultad, humedad, temperatura y presión atmosférica*. Corrigió los decibeles en el dispositivo de *sonido y audio ambiental*, y activó el *controlador automático de los signos vitales del jugador* en su ítem, *soporte de emociones extremas*. Después reguló el *número de animales* y el *tiempo* por el que tendría que pagar: hizo *clic* en la opción *cuarenta y cinco minutos*. Deslizó la tarjeta digital en la ranura de la máquina *productora de realidad* pronunciando la clave del usuario, y gradualmente se fueron apagando las luces interiores. Ajustó en sus manos los guantes acolchados, se instaló la escafandra dotada de audífonos y visores tridimensionales y esperó que la configuración personal estuviera completada.

Se puso al centro de la cápsula que la envolvía y con el nanodispositivo sensorial hizo *clic* para iniciar la *realidad virtual* del juego **El Aliento del Cedro**[®]: a partir de ese instante ella era el *punto de vista*, el ojo que atravesaba el portal incaico de piedras ciclópeas,

deslizándola como en vuelo de pájaro sobre las regiones de Paita y Piura, por los cauces fluviales de Iquitos y el contorno verdoso de la selva peruana, hasta desembocarla, cuando el retumbar de los sonidos incidentales se hacía más intenso, sobre una hamaca que era mecida levemente por el viento amazónico, y desde donde veía el medioperfil de la mujer peinada con cola de caballo que le acompañaría en todas las fases de la aventura, y que más bien parecía una cortesana semidesnuda escanciando vino en una copa de plata. En las amplias ramas de un cedro se podía observar un ramillete de jóvenes vestidas de blanco, que tocaban la lira, el pífano y la zampoña. Con el sólo movimiento del dedo índice podría dirigirse adonde quisiera, siguiendo a quien quisiera o lo que quisiera, para examinarlo desde el ángulo que quisiera, y dando vueltas alrededor de lo que fuere. Interactuar plenamente, experimentar olores e incluso mirarse como en un espejo para acicalar su imagen o disminuir su edad biológica. Lo que nunca era posible de controlar, empero, era la conclusión de los juegos, garantizándose siempre la más inesperada para el usuario: de ahí que no fueran recomendados para los ciudadanos con problemas cardíacos, y estuvieran estrictamente prohibidos para mayores de noventa años de edad.

A ella siempre le habían atraído esas máquinas concebidas para *expandir la percepción humana*. Pertenecía a las primeras generaciones que pudieron inducir al cerebro humano y experimentarlo todo, prácticamente todo haciendo sólo *clic*.

FIN

patricionazer@hotmail.com